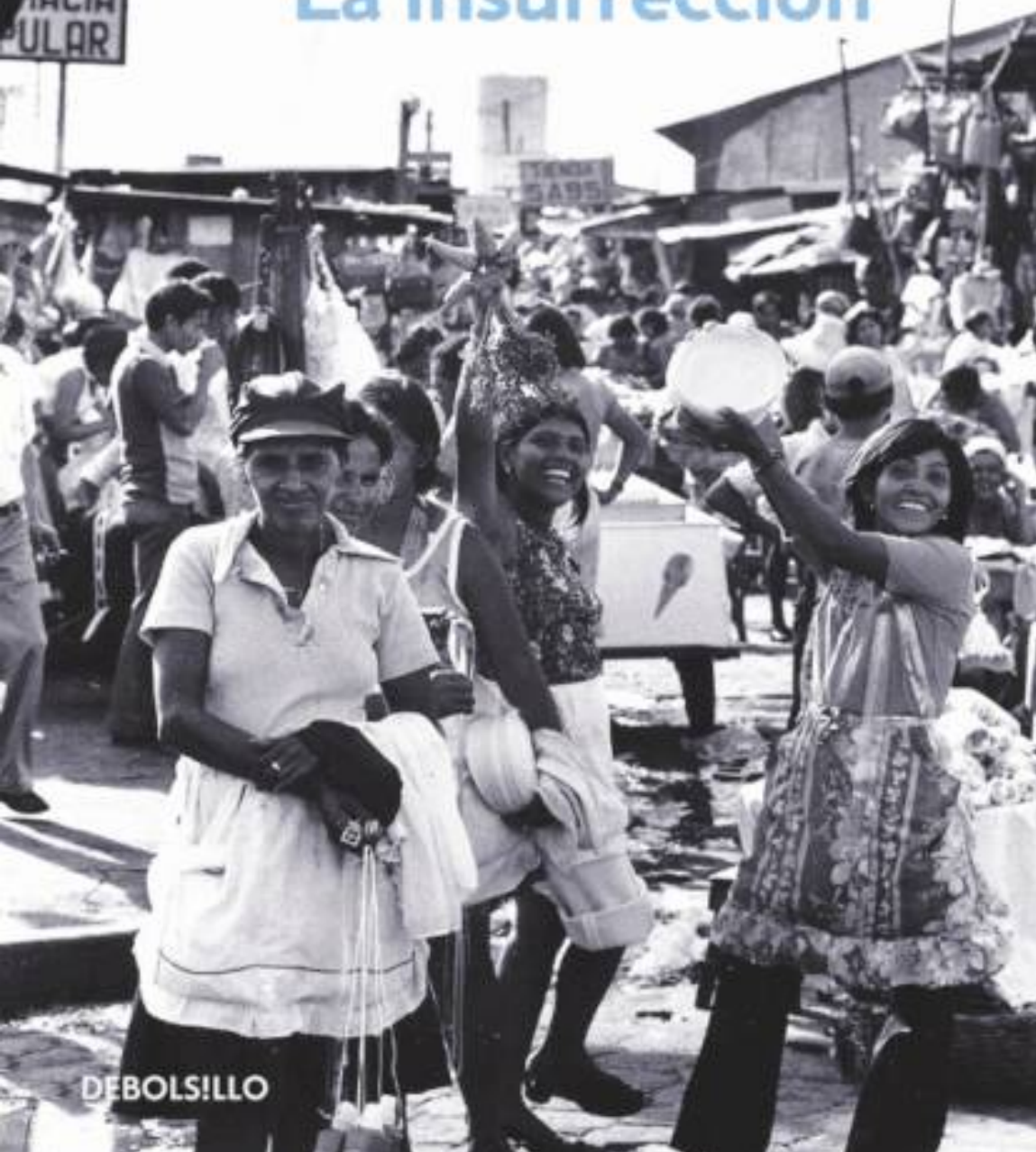


Contemporánea

ANTONIO SKÁRMETA

La insurrección

ACIA
PULAR



DEBOLSILLO

La insurrección

Antonio Skármeta

www.megustaleer.com

Al pueblo de León

*Aprovecha de bailar
que te van a pelar
si no vas al cuartel
te vendrán a buscar.*

Twist del recluta
de ANDY MACÍA-FICCO,
interpretado por The Ramblers.

1

Cuando Agustín puso la carta en el buzón frente al regimiento, el correo la tramitó con perfecta indolencia. Tres meses más tarde — después que terminara la huelga de transportes, almacenes, obreros, campesinos, empleados, portuarios, mineros, actores, radiodifusores, telegrafistas, poetas, musas, estudiantes, periodistas, bancarios, burócratas y atletas— el funcionario de correos Sublime Salinas frenó su triciclo frente al buzón. Con pericia descargó su contenido en la bolsa de lona y fue rumbeando hacia la oficina. Extrajo la manilla de la puerta desde el bolsillo, la encajó en la cerradura, y al sentir el irritante chirriar de las bisagras se propuso por centésima vez en ese año agenciarse lubricante con su compadre Plutarco. El boquete en el techo se veía imponente y la palangana sobre la clasificadora de correspondencia había sido generosamente desbordada por la lluvia. Con la manga del delantal frotó el barro de su cubierta y sólo entonces volcó la bolsa de lona. Al observar el contenido, se explicó una vez más la miseria de su salario. En un país en que el sesenta por ciento eran analfabetos, escribir una carta era considerado snob. En su oficio de cartero, muchas veces le había tocado no sólo repartir sobres, sino leer las cartas a sus perplejos destinatarios, quienes las recibían como un presente de cristal que en cualquier momento se haría astillas entre sus dedos. Beneficios marginales, claro, eran las cenas y las cervezas con que dejaba compensar sus cultos servicios. Los iletrados eran tan entusiastas en los aledaños de la estación, que se diría profesionales en la materia. Cuando el cartero aparecía en el barrio, los niños lo escoltaban con la misma euforia que a los gigantes muñecos que por unas monedas contaban historias y chascarros. Y cuando se detenía con la sudorosa carta en alguna de esas casas sin puerta, los vecinos se congregaban discretamente en la acera del frente. Algún pariente de la

vecina pasó a finado, pensaban. Salinas espantaba el calor con una cerveza helada a cuenta del cliente, y tras halagar su oscura garganta, procedía a rasgar con sencilla ceremonia el sobre. Una o dos horas más tarde, concluida la cena, salía de la casa con aire misterioso sin mirar a los grupos que tardaban en dispersarse abrumados de conjeturas. Esa misma majestuosidad invadía al receptor, quien a la hora del crepúsculo sacaba su mecedora a la acera y, carta en regazo, se balanceaba con expresión ausente. Finalmente la curiosidad podía en alguna más que la envidia y se acercaba al beneficiario con casual indiferencia: «¿Recibió carta, vecina?» La aludida procedía a estudiar al cuestionante, bajaba con desgano la vista hacia su falda, advertía el sobre abierto recién percatándose de su existencia, volvía al interlocutor, y contestaba: «Sí, pues.» A lo largo del mes se iría revelando a trozos el contenido: protesto por letra compra a plazo máquina de coser, bautizo de nieto en Masaya, muerte de abuela cerca de Bluefields, petición aumento mesada hijo estudiante en Managua.

Hubo un tiempo en que no faltaron un par de cartas diarias con que alegrar el bolso y de paso el magro estómago. Pero desde que la insurrección había prendido y revuelto el mundo, la carta diaria traía sólo la noticia de la muerte de los vecinos del barrio que andaban para la guerrilla. Cuando la huelga de correos estalló, no lamentó perder la cerveza ni los trozos de carne al ajo. Poco antes de la penúltima ofensiva de los rebeldes, en cuanto el barrio lo veía llegar temblaba.

¿Quién habrá muerto?, era la pregunta.

En aquellas mañanas insoladas donde la única frescura vivía en las bocas entreabiertas de las adolescentes siempre dispuestas a hacer soñar a los muchachones y a los carteros sedientos con un beso imposible, sentía repartirse tras su espalda la sombra inconmensurable de su nuevo apodo: el buitre. Cuando los niños se hicieron cargo del apelativo, acompañándolo a la distancia con torvos aletazos de codos y guturaciones ásperas de la garganta, el rubor que lo impregnó fue más pesado y caliente que su transpiración e infinita-

mente más torrencial. A partir de ese día transportaba la correspondencia desde la central hasta el gallinero techado del traspatio y acumulaba allí los temblorosos sobres a la espera de tiempos mejores. La operación le parecía de equilibrio salomónico: a las madres las salvaba de dolores y él se ahorra tanto el escarnio como el trabajo. La justicia se perfeccionaba con una última consideración: en el último año las cosas habían subido un cincuenta por ciento y su sueldo, en cambio, seguía imperturbable desde hacía un trienio salvo una contribución voluntaria obligatoria que Somoza había recibido emocionado de los funcionarios públicos consistente en un cinco por ciento del salario mensual descontado por planilla para combatir la insurrección de los sandinocomunistas. Con tal pérdida de su valor adquisitivo, el pago, se dijo, no daba más que para sudar una siesta en la muelle sombra del mesón del correo. El barrio lo dejaba en paz porque asumía espontáneo que los carteros habían incurrido en huelga desde tiempos inmemoriales. A veces, forzando las bisagras, algún impertinente imponía su presencia e invocaba el nombre del capitán Flores, amigo carnal del Chigüin Somoza. Dotado de transparente humildad, Salinas oía las recriminaciones, y con voz baja y ronca emitía el valor del sello. Luego de pesar la carta en una balanza cuyos bolos de fierro habían sido usados para jugar al sapo y a la rayuela con los compadres de la cuadra, recibía el dinero, untaba su lengua melancólica sobre el engomado de la estampilla, la fijaba en el sobre, y entonces la acometía a puñetazos, garantizándole al cliente que con ese mismo vigor y confianza la misiva llegaría a destino. En cuanto el prepotente usuario se retiraba, de un tirón desprendía el sello, lo volvía a clasificar en la carpeta, y sepultaba la carta en el bolsillo trasero del pantalón para hacerla recalar finalmente en el gallinero. Hacia las cinco o seis traía la mecedora a la calle y se aprestaba a recibir amigos o a padecer intrusos. En una categoría nada de intermedia definía al abogado Rivas que cerraba a esa hora su pedante gabinete.

—Qué tal, Mercurio —lo saludaba.

—No me llames así.

—Mercurio era un tipo formidable. Un dios que tenía alas en los pies.

—Yo sólo tengo hongos, pues.

—Mercurio es un buen apodo, bróder. Si yo fuera escritor me gustaría que me dijesen Shakespeare. Mercurio es un nombre para sentirse orgulloso.

Sobre la mesa de clasificación fue desbrozando la hojarasca de volantes mimeografiados o escritos a pulso contra Somoza. Alguien, quizás, que a punto de ser sorprendido repartiéndolos en las barbas mismas de la Escuela de Entrenamiento Básico de Infantería, había acudido a la parca boca del buzón para deshacerse de ellos. El resto: envoltorios de bombones, un ejemplar de *La prensa* con la foto del obispo Salazar en la portada, un condón en segundas nupcias, un cuaderno de matemáticas lleno de sustracciones infantiles, la mayoría correctas, y una *mosca* dramática: «A las 5 donde siempre.»

Al fondo, levemente pegada a una hoja seca, estaba la carta de Agustín. Salinas la tomó de una punta, la sacudió golpeándola contra su muslo derecho, y enfocándola bajo el luminoso orificio del techo, leyó el remitente.

—Agustín Menor —dijo en voz alta.

Clavó la vista en la pared, sin mirarla. Con las palmas de sus manos fue estirando la carta en una paciente caricia, hasta comenzar a perder conciencia del tiempo. Finalmente, un hondo suspiro lo trajo de vuelta y con el dedo central secó la parte inferior de sus párpados. Puso la carta sobre la mesa, se acostó sobre el respaldo de la silla, y cruzando las manos tras la nuca atisbó verticalmente el trozo de cielo que el último bombardeo somocista había abierto en el techo. Sintió la calma de ese azul objetivo y tenaz. Con un impulso enérgico de la cintura se abalanzó sobre la carta y la consideró por última vez sin quitar las manos de la nuca. Al cabo de dos minutos se puso de pie, la tomó con delicadeza, y con tranco lento avanzó hasta el gallinero.

2

El capitán Flores atravesó el patio perseguido por el vaho de los reclutas que practicaban flexiones bajo el bronco estímulo del sargento Cifuentes. Al advertir a su superior, aliñó aún más sus órdenes. El capitán se detuvo frente a un esmerado recluta y cruzándose de brazos observó sus ejercicios. Cifuentes vino corriendo a su lado:

—Buenos días, capitán.

Éste se llevó dos dedos lacios al quepis.

—Buenos, pues. Quiero que me preste unas horas a Agustín.

Colocándose las manos en bocina junto a los labios, el sargento gritó «alto» y su voz sobrepasó los muros y alcanzó nítida a las viejas que merodeaban el cuartel, ahuyentadas cada cierto tiempo por la guardia. El capitán condujo disimuladamente la mano al lóbulo como si así pudiera amortiguar el zumbido de ese grito artero consumado a centímetros de su oreja. «Te pudrirás de sargento», sentenció sin palabras. Al notar que se aprestaba a emitir otra instrucción se cubrió el oído entero con la palma de su mano.

—Modérese, hombre.

—¿Capitán?

—Menos volumen, sargento.

Cifuentes carraspeó y logró imponer el nombre sin estridencia.

—¡Agustín Menor!

El muchacho pudo percibir la acerada envidia de sus colegas en esas miradas laterales que a medida que avanzaba iba acumulando en su nuca. Al llegar frente a sus superiores, se cuadró conforme a la cortesía militar. Flores dio un cuarto de vuelta indicándole a Agustín que lo siguiese. A los tres segundos tronó la voz del sargento a sus espaldas:

—¡Tigres! ¡Al trote, maaarch!

Los soldados se formaron en círculo y empezaron a saltar alrede-

dor de Cifuentes. Antes de que el capitán y el joven hubieran atravesado el patio, éste se puso a trotar con ellos en el interior de la figura.

—¿Tienen sed, soldados?

—¡Sí! —contestó la tropa.

—¿De qué tienen sed?

—¡De sangre! —gritaron.

El capitán se detuvo a observar el zumbón girar de los reclutas acezados por el instructor.

—¿Tienen hambre, soldados?

—¡Sí, señor!

—¿De qué tienen hambre?

—¡De carne!

—¿Tienen sed, soldados?

—¡Sí, señor!

—¿De qué tienen sed?

—¡De sangre!

—¿Tienen hambre, soldados?

El capitán tomó del codo a Agustín y lentamente lo fue llevando a la salida.

—Decíme, ¿éste siempre es así?

—¿Señor?

—El sargento. ¿Es siempre así?

—¿Así como ahora, señor?

—Sí.

—Sí, pues. Así es él, señor.

—¿Siempre dice esas babosadas de la sangre y la carne?

Agustín sondeó la pregunta y puso la vista en la punta de sus botas, sin contestar. El otro se arrancó un pelo de su frondoso bigote y lo observó intensamente al frotarlo entre la yema de dos dedos.

—¿Tenés sed? —dijo.

El muchacho le sostuvo un instante la mirada y tragó saliva.

—No, señor.

Las viejas se les agolparon en la puerta del regimiento, pero los

guardias cruzaron los fusiles sobre el tórax y las empujaron suavemente. Flores llegó hasta el grueso Chevrolet sin atender los gritos y reclamos, y le indicó a Agustín que tomara el volante.

—Mirá qué ruido tiene, a ver si se lo sacás.

Hizo partir el motor, aceleró, y fue desacelerando lento alerta al tubo de escape. Flores le extendió un gorro azul de chofer, igual al que había visto en el coche de la embajada de Venezuela. Cuando Agustín puso la marcha atrás, se cruzó en el espejo retrovisor con los ojos suplicantes de la madre del recluta Marcelo. Con la velocidad de gaviota que picotea la presa en el mar, se apropió compulsivamente de su mirada obligando a que el joven adivinara esas tres sílabas en sus labios tensos: «¿Mar-ce-lo?»

Hizo andar el señalizador de virajes y todavía pensó cinco segundos antes de retroceder impulsivamente y quebrar violento hacia la calle. El primer semáforo estaba en verde y dejó fluir el coche en tercera. Al rato lo alcanzó un bullicio de partes metálicas que golpeaban entre ellas y disminuyó la velocidad auscultando el origen de la panne.

Indicó que doblaría a la izquierda. Flores lo contuvo poniendo un dedo sobre el volante.

—Si en la próxima torcés a la izquierda, tendríamos que pasar por la iglesia de Subtiaba. Seguí derecho hacia la Rubén Darío.

Agustín condujo el auto con zigzags que aumentaron los síntomas de una falla en el engranaje. En la «11 de Julio» torció cerrado a la derecha sin apretar el embrague. Como lo había supuesto, se produjo un estrépito de matracas.

—Por aquí tampoco entrés —dijo el capitán.

El coche se detuvo en medio de la avenida. Los autos tocaron agresivos sus bocinas, pero en cuanto Flores puso sus pies en el asfalto callaron. Avanzó hasta el centro de la calzada, y alzando el brazo contuvo la marcha de un camión de la gasolinera Molieri. Entonces, abanicándose el tórax, le indicó a Agustín que retrocediese.

—Y ahora seguí derecho hasta Guadalupe —le ordenó dentro del coche.

—Sí, señor.

—Y del ruido, ¿qué decís?

—El eje, mi capitán. En cualquier momento se le rompe la dirección, y eso es grave, pues.

—¿Lo podés arreglar vos?

—Es largo, señor.

—Eso no importa. Te pregunto si lo podés arreglar o no.

—Más seguro es que lo lleve al taller.

Flores extrajo una cajetilla de *Camel* desde el bolsillo de su guerrera, se puso el tabaco en la boca y mordió su punta antes de aplicarle la llama del encendedor de plata.

—Al taller, no.

Inhaló satisfecho la primera bocanada y se deshizo de una pelusa de tabaco sobre su labio inferior escupiéndola suavemente con la punta de la lengua:

—Esos cabrones son capaces de meterme una bomba en el motor.

3

Señor Presidente de la República
General de División, don Anastasio Somoza D. Casa Presidencial
Managua

Señor Presidente:

Me valgo de este medio publicitario en vista de no tener otro para comunicarme con Vuestra Excelencia.

Quiero llamar a su conciencia ciudadana para pedirle sus buenos oficios a fin de impedir la situación conflictiva que estamos sufriendo en esta ciudad. Además, como Pastor de la grey, tengo el sagrado deber de velar en todos los sectores de la vida humana.

Es posible que mi postura de hoy provoque nuevas acusaciones contra la Iglesia, pero ya no se puede tolerar que siga la muerte segando las vidas de los hombres sin juicio ninguno y sólo prevalezca la ley de la selva. Ahora vivimos en el sálvese quien pueda.

Esta ciudad está hoy bajo los días peores de su historia. Nadie tiene segura la vida. Es una ciudad ocupada y muerta. Las tropas van y vienen por las calles sembrando el terror y segando vidas sin escaparse ni los niños. ¿Qué sucede? ¿Acaso hemos perdido el uso de la razón? ¿Es que la ley del más fuerte debe aplicarse a este amado pueblo leonés? ¿Es que ya no hay moral ni ley de Dios que acatar? ¿Acaso matando se pueden solucionar los problemas de la patria?

¿Por qué no sentarse en mesa de amigos y compatriotas y juzgar o buscar los medios civilizados? ¿Por qué no respetar la persona humana? ¿Por qué echar al olvido las palabras del Maestro: «La paz sea con vosotros»?

Yo imploro por el amor de Dios se contenga esta ola tremenda de

criminalidad con las consecuentes venganzas y atropellos al ser humano.

Dios quiere que seamos hermanos. Depongamos el orgullo, la soberbia o la vanidad y revistamos de las armas de luz que son benignidad, bondad, mansedumbre, comprensión, amor.

Señor Presidente, ponga fin a tanto dolor. Hay muchísimos hogares que lloran la pérdida de los seres queridos. La patria está quedando sin los hombres del mañana. Tendremos una patria sin norte ni brújula. Al paso que vamos creo que se enseñoreará la muerte.

Cristo aceptó la muerte y fue a ella para darnos vida. ¿Por qué hacer inútil su sacrificio?

Para que los hijos de Dios tengan sus derechos inalienables y su condición no desmedre, es necesario volver de nuevo a la lucha de la vida: en el campo con las cosechas, en donde el Dios de todo bien derrama su lluvia sobre buenos y malos y hace salir su sol para vivificarlos. En la vida familiar, para que todos gocen de bienestar y paz. En la vida ciudadana para que construyamos una nación digna, próspera y feliz.

Señor Presidente, nada pierde abundando en generosidad, todo se acaba en esta vida, sólo las buenas obras nos seguirán a la eternidad.

Dios nos dará la gracia de la concordia si la pedimos de veras. Que esta Pascua que estamos celebrando sea realmente florida y no sangrienta.

Espero atienda el alma dolorida de este Pastor que clama misericordia. Que la muerte vuelva a su tenebroso escondrijo y no camine impunemente por nuestras calles ni consuma la vida de los nicara-güenses que queremos seguir viviendo bajo la amorosa mirada de Dios y la protección de la Madre de los hombres, María. Atentamente en el Señor,

MONSEÑOR MANUEL SALAZAR ESPINOZA,
Obispo de León.

4

Tras calzarse los guantes, estiró la blanca chaqueta con botones dorados tirándola de los bordes. Marta de Flores le hizo un gesto para que girase, examinó la caída de la espalda, y luego lo conminó a rotar otra vez.

—Te abrochás el botón de arriba.

Agustín enredó sin éxito sus falanges en el estrecho ojal.

—Con los guantes no puedo.

—Vení acá —dijo la esposa de Flores. La presencia respirable de esa piel madura, turbadoramente untada de maquillaje, el aroma jamás olido, el maquillaje espeso sobre los ojos castaños, hizo que sus manos naufragaran en sudor dentro de los guantes. Las incisivas uñas de la mujer rasmillaron su cuello y el botón cupo drástico en la chaqueta de mozo. Al apartarse centímetros para medir el efecto total de su postura, pudo captar los ojos del muchacho hurgándole los senos.

—¿Qué mirás, insolente? —dijo, sin apartarse.

Él se enterró en la punta de los flamantes zapatos, heredados del hijo mayor del capitán, y tragó un sorbo de dificultosa saliva. Odió su cogote sumiso. Terca, la señora del capitán esperó a que la mirase o respondiera, pero Agustín no cambió su actitud, menos preso de la porfía que del desconcierto.

—Ya cogés las copas y salís.

Protegido en la orden de la señora Marta, fue hasta la bandeja, puso las manos enguantadas en los bordes, y al esforzarse por alzarla notó con pánico que el ejercicio hecho a las cuatro había consistido en pasear el arsenal de cocktail con los vasos vacíos. Ahora, con sólo moverlo un milímetro, le pareció que en cada dedal de champaña se tramaba una tempestad, un ciclón que lo arrancaría de cuajo de esos tapices y lo arrojaría sin escalas al calabozo del sargento